

CAPÍTULO X.

LAS CATACUMBAS.

Capítulo que, á voluntad del lector, forma ó no parte de los Mohicanos.

Permitánnos nuestros lectores, una vez que nemos llegado adonde estamos, es decir, al momento en que Mr. Jackal, completamente oculto en la sombra que proyecta uno de los macizos pilares que sostienen la bóveda colosal, se apresta á escuchar las palabras que van á salir de la boca del nuevo orador, permitánnos nuestros lectores dirigir una mirada á las Catacumbas, adonde más de una vez, durante el curso de este libro, tendremos ocasión de bajar en seguimiento de los conspiradores.

Volveremos á encontrar á Mr. Jackal en el mismo sitio, y trataremos de que nuestra excursión sea bastante corta para que nuestro orador aun no haya principiado su discurso.

Hacia el fin del invierno último, sabiendo que tendríamos que describir las Catacumbas, habíamos manifestado el deseo de visitarlas.

Entonces, á petición de uno de nuestros más célebres matemáticos, Mr. Bertrand, que era ya hace pocos años, por lo demás, uno de nuestros sabios más célebres á la edad en que de ordinario se tartamudean las primeras letras del libro de la ciencia, el señor ingeniero de minas nos mandó un permiso para visitar las Catacumbas y circular por ellas.

Llegó el día de la visita, y como siempre, ó casi siem-

pre, me fué imposible aprovecharme del permiso del señor ingeniero de minas. Este trabajo eterno, que me tiene clavado á mi mesa, se negaba á refrendar una licencia de algunas horas.

Llamé á Pablo Bocage, mi primer ayudante de campo, le alargué el permiso, y le dije :

— Id, querido amigo ; veré por vuestros ojos tan bien, y tal vez mejor que con los míos.

En la misma noche volvió Pablo Bocage.

Quiso referirme lo que había visto.

— No tengo tiempo para escucharos, le dije, poneos ahí y hacedme vuestra relación.

Hé aquí la relación de Pablo Bocage ; la ponemos textualmente á vista de nuestros lectores.

RELACIÓN AL MAESTRO SOBRE LAS CATACUMBAS.

Hoy 12 de Octubre de 1855, á la una del día, en uno de esos hermosos días de sol, cuyo privilegio parece haber adquirido el invierno, partimos por la barrera del Infierno. Con nosotros iba una joven alta y hermosa, de ojos azules, que iba á visitar alegremente la necrópolis subterránea con la indiferencia de las rosas que florecen en torno de las tumbas, con esa audaz sonrisa de desafío de la juventud á la muerte.

Al llegar al pabellón de la barrera del Infierno, se nos dió á todos (había como unas sesenta personas), se nos dió á todos una bujía y un consejo.

La bujía era para ver claro en los subterráneos ; el consejo era que no encendiésemos las bujías.

Este par de dones contradictorios nos sorprendieron momentáneamente ; pero pronto se nos dieron explicaciones.

Aguardábamos allí hacia cerca de una hora, cuando de repente se abrió la puerta de la escalera que conduce á las Catacumbas, y dió paso á un centenar de sombras que parecían haber forzado las puertas de sus tumbas para volver á ver la luz del día.

Los semblantes de todas las personas que invadieron de repente el patio donde nosotros esperábamos, estaban pálidos, verdes, morados, descompuestos con la lividez que pueden producir sobre la carne las diez primeras horas de la muerte.

Aquellas sombras, ó más bien aquellos visitantes que nos habían precedido, y entre los que había un bello egipcio, á quien las gentes que todo lo saben llamaban en derredor de nosotros, no sé por qué, Reschid-Bajá, aquellos visitantes pálidos y lividos habían pasado dos horas en pisar osamentas, reconocer cráneos, tibias, fémures, esqueletos enteros, y como si no se permitiese tocar impunemente á los despojos de los seres, habían conservado algo del tinte cadavérico de los huesos de sus siniestros huéspedes.

Yo miré á mi compañera. Sus ojos azules no se oscurecieron, el encarnado de sus mejillas no se aminoró, estaba alegre, llena de vida y de fuerza, apoyóse en mi brazo, y me dijo ategrementemente, al ver que nuestros compañeros comenzaban á entrar como si fuésemos á asistir á la representación de alguna pieza de la feria :

— Seguid la gente...

Y entramos.

Grandes tentaciones me daban de hacer una rápida reseña histórica de las Catacumbas; pero prefero proceder como va hecho durante todo el curso de esta novela: presentar el efecto antes de decir la causa.

Voy, pues, á describir las Catacumbas tal como las hemos visto, tomando la descripción local del excelente libro de Mr. Hericart de Thury, ingeniero de minas é inspector de los trabajos subterráneos, libro publicado hacia 1815.

Algunas obras de consolidaciones, hechas desde aquella época, se hallan hoy casi en el estado en que las ha descrito Mr. Hericart de Thury.

Digamos de paso, que al entrar en aquel subterráneo, tenemos el corazón oprimido y el cerebro llenó de la historia de todas las Catacumbas del pasado (1), desde las del país de Canaán, donde Abraham, extranjero en Hebrón, pide á los habitantes permiso para depositar á Sara en los sepulcros de sus antecesores.

Advena sum et peregrinus apud vos. Date mihi jus sepulchri vobiseum, ut sepeliam mortuum meum. (Gen., cap. xxiii). « Advenedizo soy y peregrino entre vosotros. Dadme el derecho de sepultura con vosotros, para que sepulte los cadáveres de los míos. »

Decimos que desde las Catacumbas de Canaán hasta las cavernas subterráneas de los indios de Mayaras, cerca del río de las Amazonas. Tres escaleras comunican desde la superficie de la tierra con las Catacumbas; la primera está situada en el patio del pabellón occidental de la barrera del Infierno ó de Orleans (por ésta fué por la que bajamos).

La segunda en la Tombe-Issoire, que se hizo cuando el

(1) Catacumbas de Egipto, de la Fenicia, de la Pallagonia y la Capadocia, de la Crimea, de la Persia, de la Grecia, del Asia Menor, de los Guanchos, del interior de África, de la Escitia y de la Tartaria; de la Etruria, de Roma, de Toscana, de Nápoles, de Sicilia, de Malta, de Gozo, de la isla Lipari, de España, de los Galos, de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de Suecia, de la América septentrional y de la América meridional.

establecimiento, y se condenó hacia el año de 1774, época de la venta del dominio de la Tombe-Issoire.

La tercera, en fin, en la llanura de Montsouris, á orillas de la Voie Creuse (Camino hondo), ó antiguo camino de Orleans, á poca distancia del acueducto subterráneo de Arcueil.

Tres puertas cierran el recinto de las Catacumbas: la una al Oeste, conocida con este nombre, y por la que comunmente se llega.

La segunda al Este, llamada la Puerta de Port-Mahón; no está abierta al público; sólo está destinada al servicio del monumento.

La tercera al Sur, cerca de la Tombe-Issoire, cuyo nombre ha tomado.

Por la escalera de la barrera del Infierno es por donde más generalmente se baja; por aquí, pues, vamos á trazar el itinerario del visitador de las Catacumbas, haciéndole observar de paso los objetos y las curiosidades más notables del camino.

El pie de la escalera está apoyado sobre la masa de piedras que se puede reconocer antes de bajar los últimos escalones. La altura total de la superficie al suelo de la galería, es diez y nueve metros y catorce centímetros, que se bajan en ochenta y dos escalones.

Á siete ú ocho metros de la escalera se encuentra la galería de Oeste, que está perpendicularmente debajo de la fila occidental de árboles del camino de Orleans.

Este camino estaba enteramente excavado; la inspección ha hecho que se rellenen exactamente las excavaciones, y siguiendo su sistema de consolidación, se ha dirigido á izquierda y derecha á plomo con las dos filas de árboles, una gran galería de servicio, con travesías que recortan,

de distancia en distancia, el macizo de debajo de la calzada.

En la galería del Este del camino de Orleans, se reconocían las explotaciones ó los trabajos de los antiguos.

Siguiendo esta galería hacia el Norte, se ve en la parte inferior del banco de aparejos, que le sirve de cielo, una muestra notable del horadamiento de los lechos.

La extremidad Norte, que se sigue en una longitud de cincuenta ó sesenta metros, á causa de los hundimientos y simas que se encuentran en la línea directa de la escalera de las Catacumbas, conduce á debajo de la media luna interior del lado del pabellón oriental de la barrera del Infierno, cerca de los muros y contramuros que se han construido para formar las comunicaciones de los vacíos del interior y exterior de París, con objeto de impedir el contrabando que se hacía antiguamente por debajo de tierra, para evitar el pago de los derechos de entrada.

Después de haber seguido durante unos cien metros la galería practicada bajo la calle del boulevard de Santiago por el lado del Mediodía, bajo un cielo fracturado, hendido, abierto, inclinado diversamente, arrojando gotas de agua, que centelleaban como diamantes á la luz de las antorchas; se encuentran las grandes obras de consolidación del acueducto de Arcueil.

Se dejan á la izquierda los muros y contramuros hechos contra el fraude de los derechos de entrada.

Se sigue el acueducto de Arcueil, una de las obras debidas á la pasión de María de Médicis por la arquitectura. Este acueducto, construido por Juan Loing, mastro albañil, en virtud de contrato hecho en 18 de Octubre de 1612 por la suma de 460.000 libras, se comenzó el 11 de Julio de 1615, y se concluyó en 1624.

Tenia por objeto recoger los manantiales situados en

REPUBLICA DE VENEZUELA
BIBLIOTECA NACIONAL
ALFONSO REYES
Año. 1925 MONTEVEL, MENDO

el llano de Rungis y de Cachant, manantiales que el emperador Juliano había hecho conducir antiguamente á su palacio de las Termas, calle de La Harpe, por un acueducto, cuyos restos notables aun se ven en Arcueil, detrás de las construcciones de Médicis.

Este primer acueducto, cuyo antiguo curso se ha reconocido en gran parte en la llanura de Montsouris y de la Névera (era pradera conocida de todos los patinadores de París), había sido arruinado por la explotación de las canteras.

El nuevo acueducto de Arcueil fué construido con una magnificencia verdaderamente digna de los romanos, como lo hemos dicho, por María de Médicis, que puso la primera piedra con Luis XIII, en presencia de los principales señores de su corte, del gobernador, del preboste, y de los regidores de la ciudad de París, el 15 de Julio de 1615.

Desde Arcueil á París, forma el acueducto una grande galería subterránea, que se estableció en algunas partes de la llanura de Montsouris, sobre canteras muy antiguas, y entonces desconocidas; las filtraciones, las pérdidas de agua, los aplanamientos y los hundimientos que fueron consecuencia de ellas, el hundimiento de una parte del acueducto, la inundación de las canteras y la interrupción del servicio de las fuentes de París, á las que alimentan las aguas de Rungis, obligaron á hacer grandísimos trabajos de restauración.

Las primeras obras de consolidación datan de 1777. Se hicieron en grandes piedras de aparejos, á las que se ha sustituido después una mampostería de cal y canto, como menos dispendiosa y más fácil de ejecutar en los subterráneos, y por otra parte, más que suficiente para el objeto que se proponían.

El punto más favorable para juzgar y reconocer bien es-

tas operaciones sobre el camino de las Catacumbas, está á 90 metros al sur del boulevard de Santiago. En este punto se ve al descubierto el macizo, hecho bajo el curso del acueducto, las dos galerías del Este al Oeste, y sus muros de contrafuertes. Una línea roja en el cielo de la galería indica el medio del canal.

El camino más corto para ir desde este paraje á las Catacumbas, es seguir todo el curso del acueducto, en una ú otra de estas galerías inferiores, sobre una longitud de doscientos cincuenta metros; pero se hace ordinariamente tomar el camino de las dobles canteras, llamado de Puerto-Mahón, para hacer ver las grandes excavaciones hechas por los antiguos. Este es, pues, el que vamos á describir.

Dirigese uno al S. O. por una galería irregular de doscientos metros de longitud, poco más ó menos, practicada en los vacíos y terraplenes de los antiguos. Esta galería, después de algunas sinuosidades, va á terminar á plomo del antiguo camino de Orleans, cerca del boulevard exterior de la barrera de Santiago ó de Arcueil, pasando por debajo del acueducto del emperador Juliano.

Á pesar de los pilares de piedra y los terraplenes, los aplanamientos han hecho sentir su poder con tanta fuerza sobre esta parte, que la gran construcción no ha podido resistir, y todos los pilares cercanos están igualmente destruidos.

Más lejos se ve una larga fila de pilares de piedra seca, trazados groseramente, elevados á izquierda y derecha sobre dos líneas de terraplén, trabajos ejecutados en 1790 por orden de Luis XVI.

Después de muchas sinuosidades en los terraplenes de las antiguas canteras, se encuentra una escalera practicada en los cortes de un taller inferior. Uno de los obreros de la

inspección de las canteras, el llamado Decare, por otro nombre Beausejour, antiguo militar veterano, reconoció esta cantera en 1777 por un hundimiento de piedra, que la separaba de la superior. La extensión del local y su disposición natural le empeñaron á formar allí un pequeño taller particular, adonde él venía á comer, mientras que los demás obreros subían á la superficie de la tierra.

Poco después de su establecimiento en aquella doble cantera, recordando Decare su largo cautiverio en las casamatas de los fuertes de Port-Mahón, resolvió hacer un plano de ellas en relieve en los bancos, que bastante blandos, por otra parte, se prestan efectivamente á la escultura.

Púsose, pues, Decare á la obra, trabajó sin descanso en su relieve de Port-Mahón durante cinco años consecutivos, desde 1777 hasta 1782. Cuando lo tuvo concluído, hizo un vestíbulo adornado con un gran mosaico de sílex negro.

Al cabo de cinco años de trabajos ejecutados en la obra, el silencio y la soledad, porque la entrada en su taller era casi impracticable para cualquiera que no fuese él; quiso Decare completar sus trabajos con la construcción de una cómoda escalera tallada en la masa. Una vez concebido el proyecto, se puso á la obra. La escalera avanzaba, desgraciadamente al elevar el último pilar hubo un terrible hundimiento, y el animoso Decare, herido peligrosamente, pereció poco tiempo después.

Para conservar la memoria de este gran obrero, de este artista desconocido, se grabó sobre una mesa de piedra, cerca de Port-Mahón, con la placa de honor de los veteranos, la inscripción siguiente:

Esta obra se comenzó en 1777

*por DECARE, llamado BEAUSEJOUR, veterano de S. M.,
y se concluyó en 1782.*

Se habían conservado su mesa y sus bancos de piedra en un paraje que en términos de cantera se llama talla, corte, cámara ó taller, y que el infeliz Decare llamaba su salón.

En 1787, el conde de Artois y muchas damas de la corte que visitaban á Port-Mahón, se desayunaron en aquel salón sobre la mesa de Decare.

Después casi ha desaparecido el relieve, mutilado por la mano de los hombres, ó anegado bajo las lágrimas de las bóvedas.

Aun quedan, sin embargo, bastantes vestigios para juzgar acerca de la paciencia, la memoria y el talento natural de este artista, que tal vez al sol hubiera sido uno de nuestros más grandes escultores.

Port-Mahón no es la única curiosidad que ofrece esta cantera á los visitantes; aun se ven las huellas de un hundimiento de mayor efecto en los bancos de piedra que separaban las dos canteras.

Las rocas están rotas, despedazadas, aisladas las unas de las otras, esparcidas acá y allá como si la tempestad hubiera pasado por aquellos subterráneos, hacinados y mezclados confusamente los unos encima de los otros prontos á abismarse; una débil piedra, un morrillo cogido en su caída, en medio de su curso, entre dos enormes pedruscos, cuando el gran hundimiento parece la clave de la bóveda de este edificio extraño. Este conjunto de rocas, visto á

cierta distancia, recuerda los más salvajes arrecifes de las costas de Bretaña. Si vuestro conductor os abandonase de repente en medio de estas ruinas, se apoderarían de vuestro corazón los terrores de lo desconocido, porque en ninguna parte está escrita la palabra *caos* con caracteres más terribles y más indelebles.

Á unos cien metros de la escalera de Decare, en la unión de los dos caminos, se ve un gran pilar tallado en la masa por los antiguos, y á orillas del camino otro pilar revestido de incrustaciones de alabastro calcáreo, gris y amarillento.

Á ochenta metros de allí se encuentra el vestibulo de las Catacumbas construido en 1841. Este vestibulo, al que se llega por un corredor de seis metros de longitud, es de forma octógona. Dos bancos de piedra se han colocado á los lados, y á izquierda y derecha de la puerta hay dos pilares, en los que se ve la inscripción del cementerio de San Sulpicio :

*Has ultra metas requiescunt.
Beatam spem expectantes.*

(Descansan tras estas metas
aguardando bienandanza.)

Sobre el dintel de la puerta de entrada de las Catacumbas, cortado en la roca misma, se lee esta frase en doce sílabas, del abate Delille :

¡Détente! el imperio está aquí de la muerte.

Y se entra en las Catacumbas.

Miré á mi bella compañera ; esperaba vagamente que el verso del abate Delille produjera en ella cierto efecto.

Sea que mi compañera no tomase la muerte por lo serio,

ó que tomase á broma el verso del abate Delille, no la vi pestañear.

Y entré con ella en las Catacumbas, envidiando y admirando aquel poder de la belleza, de la fuerza y la juventud, que de nada duda...

Recordé que dos meses antes había visto dos inglesas desayunarse sobre el viejo césped de la calle de las Tumbas en Pompeya. Después de haber examinado la colección mineralógica, la colección patológica y la cripta de San Lorenzo, se ve el altar de los Obeliscos, copiado sobre un sepulcro antiguo, descubierto entre Viena y Valencia, á orillas del Ródano.

Á derecha ó izquierda del altar hay dos pedestales construidos con osamentas.

Más lejos se ve un monumento sepulcral, llamado el sarcófago del Lacrinatorio, ó tumba de Gilberto, á causa de los versos que sirven de inscripción :

De la vida al banquete, convidado infelice,
un dia fui no más ;
muero, y, sobre la tumba do lentamente llego,
nadie á llorar vendrá.

Á algunos pasos de allí se hacia notar una lámpara sepulcral, lámpara en forma de copa antigua, colocada sobre un pedestal ; á la derecha de la lámpara, un gran pilar cruciforme, ó la cruz triangular, llamada el pilar del *Memento*, porque sobre sus tres fases presenta estas palabras verdaderas, aunque poco consoladoras :

*Memento quia pulvis es
et in pulverem reverteris.*

(Acuérdate que eres polvo
y en polvo te has de tornar.)

¡ Para qué molestarse en salir del polvo para volver á entrar en él!... ¡ En fin!...

Detrás del pilar del *Memento* está el de la *Imitación*, que ha recibido el nombre de sus cuatro inscripciones, sacadas de la *Imitación de Jesucristo*.

Se llega á un sitio llamado la fuente de la Samaritana.

Se ha dado este nombre á una fuente descubierta en el suelo de las Catacumbas, por los obreros que habian establecido allí un depósito para recoger el agua necesaria para su uso.

Esta fuente ha sido designada desde luego con el nombre de *Fuente del Letheo ó del Olvido*, á causa de estos versos de Virgilio :

...*Animæ quibus altera fato
Corpora debentur Lethæi ad fluminis undam,
Securos latices et longa oblivia potant.*

Almas que animar debieran
en otro tiempo unos cuerpos,
olvido de todo beben
en las aguas del Letheo.

El abate Delille, ya nombrado, ha traducido los versos de Virgilio de esta manera desagradable :

« Tu vois ici paraître
Ceux qui, dans d'autres corps, un jour doivent renaître :
Mais avant l'autre vie, avant ces durs travaux,
Ils cherchent du Lethé les impassibles eaux ;
Et dans le long sommeil des passions humaines,
Boivent l'heureux oubli de leurs premières peines. » (1)

Mr. Hericart de Thury, en el libro del que tomo, como

(1) Ves comparecer aquí aquellos que en otros cuerpos deben renacer un día; pero antes de la otra vida; antes de esos duros trabajos, buscan las impasibles aguas del Letheo y en el largo sueño de las pasiones humanas, beben el feliz olvido de sus primeras penas.

os he dicho, todos estos detalles, no quedó probablemente satisfecho de este fúnebre madrigal del abate Delille, porque lo ha sustituido con estas palabras de Jesucristo á la mujer Samaritana, en el pozo de Jacob, cerca de la ciudad de Sichar :

Omnis qui bibit ex aqua hac, sitiet iterum. Qui autem biberit ex aqua quam ego dabo ei, non sitiet in æternum : sed aqua quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquæ salientis in vitam æternam. (Evang. según San Juan, cap. IV, vers. 13 y 14.)

Todo el que bebe de esta agua vuelve á tener sed. Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed en toda una eternidad, y el agua que yo le daré se hará en él una fuente de agua, que brote en la vida eterna.

Cuatro peces rojos, ciprinos dorados ó dorados climos se han arrojado en el pilón de la fuente de la Samaritana el 25 de Noviembre de 1813. Desde entonces, estos dorados se han domesticado perfectamente. Responden á las señales y la voz del conservador; parece que han progresado algo, pero hasta hoy no han dado señal alguna de reproducción. (Ya lo creo.) Su hermoso color se ha conservado; es tan vivo como el primer día en tres de ellos; pero el cuarto presenta algunos matices que lo distinguen de los otros.

Los obreros de la inspección creen haber notado, que estos peces indican de antemano el cambio del tiempo, y que permanecen á la superficie del agua, ó bien ocupan el fondo del pilón, según que el tiempo es lluvioso ó claro, caliente ó frio.

En último resultado es posible y tendría poca gracia disputar á esos desgraciados peces esta indemnización higrométrica.

Vense, en fin, las tumbas de la revolución, la escalera de las Catacumbas bajas, el pilar de las noches Clementinas, así llamado á causa de las cuatro estrofas sacadas del poema sobre la muerte de Ganganelli (Clemente XIV), y se sale de las Catacumbas por la puerta del Este ó de la Tombe Isoire, por encima de la que se lee este verso de Catón:

Non metuit mortem, qui scit contemnere vitam.

(No teme la muerte el que sabe despreciar la vida.)

Verso célebre, que siempre me ha parecido una simpleza, porque el que no ama la vida no tiene otro partido que tomar que el de amar la muerte.

Tal es el itinerario que se recorre ahora; con algunos trabajos, y algunos hundimientos más, las Catacumbas se hallan en el mismo estado pintoresco que en tiempo del buen Héricart de Thury.

Pocos parisienses las han visitado, y ni un parisiense, sin embargo, con la guía del viajero en la mano, dejaría á Nápoles sin haber visto á Pompeya y Herculano. ¿Por qué? no sabré decirlo, sino porque el parisiense se parece á los hombres casados, que sólo visitan las mujeres de los demás. Hablad á un parisiense de todos los países, de la Italia, de la Suiza, de la Alemania, de la Europa entera, pero no le habléis de París; respecto á su ciudad natal, está en una ignorancia crasa; yo puedo decirlo, porque soy de París. No conoce en su ciudad más que su barrio; en su barrio, más que su calle; en su calle, más que su casa; en su casa, más que su piso. Sacadle de allí, nada... He vivido en la calle de Santiago siete años en el mismo piso que un individuo cuyo nombre no supe hasta que lo lei en el *Siglo* en el artículo de las defunciones.

No es, pues, de admirar, que los parisienses no hayan visitado nunca las Catacumbas, y que más de dos terceras partes hasta ignoren su existencia. Como quiera que sea, es una de las más bellas decoraciones que conozco, y la he visitado como un país conocido hace mucho tiempo.

En este barrio de Santiago, donde florecían en otro tiempo en las ventanas de las buhardillas esas bellas jóvenes, que se llamaban grisetas, se conocen las Catacumbas á lo menos de oídas. No hay un propietario que haciendo un agujero en su pozo, no pueda, como M. Jackal, penetrar en estos subterráneos.

Cuando yo era niño, veía el domingo venir del lado de la puerta de Santiago, cerca del Panteón, é ir á la barrera, los grupos de jóvenes de ambos sexos amorosamente enlazados.

¿Adónde iban así, alegres, jóvenes, vivaces y cantando?... Lo he ignorado durante mucho tiempo. Por la noche, cuando se olvidaban de acostarme, los veía volver, no ya alegres ni risueños, sino pensativos; las jóvenes lánguidas... los jóvenes soñolientos.

Algún tiempo después he sabido que volvían de las Catacumbas.

¡Pues qué! esos bellos jóvenes tan estrechamente enlazados, que me parecían hermanos y hermanas; ¡pues qué! habían hecho de esos subterráneos fúnebres retiros de amor, de esas tumbas lechos de alegre himeneo!

Sí... por una moneda de treinta ó cuarenta sueldos, el guardian de la escalera abría la puerta... y entraban allí alegremente sin escuchar ninguna de las recomendaciones del guardián, y se hundían cada cual en uno de aquellos inmensos subterráneos, grandes como ciudades, sin pensar en morir, verdaderamente ellos, jóvenes, fuertes,

enamorados... y sin que la vista de aquellos millones de huesos les detuviese.

Sobre uno de los pilares de la entrada de la cripta de Legouvé, leí en este verso de Ducis :

Nos jours sont un instant, c'est la feuille qui tombe...

Un instante es nuestra vida,
la hoja que al suelo cae.

Y deshojaban esta flor de la vida, que se llama el primer amor, sin respeto al pasado, sin cuidado para el porvenir.

¡No es eterno el presente de los enamorados !...

Una noche el guardián aguardó en vano el último grupo...

En vano llamó ; en vano bajó ; en vano recorrió los mil subterráneos de aquella necrópolis... nada...

Bajad aun hoy á las Catacumbas, marchad más tiempo que el que dure vuestra antorcha, y en vano habréis hecho mil señales, no volveréis á encontraros, no volveréis de allí, más que un guijarro arrojado en un pozo.

Así es que, las Catacumbas tragaron á los dos amantes.

El guardián lloró amargamente ; pero más lloró la madre de la jovencilla. Su dolor atravesó toda nuestra calle... Sus sollozos llegaban hasta mi ventana.

Un día os contaré este drama en detalle, maestro, y os estremeceréis...

Las quejas de esta madre y de muchas otras obligaron al gobierno á cerrar la entrada de las Catacumbas al público, y se necesitaron permisos extraordinarios para visitarlas.

Yo las he visitado cinco ó seis veces, y como os he dicho, es un país conocido para mí. Sólo difiere para mí

de los países conocidos, en que lo he encontrado más grande siempre que le he vuelto á ver.

Un relato escrito (este es ya demasiado largo) no os dará una idea clara de las impresiones que produce sobre el visitador el país de las Catacumbas. Prefiero referiroslo de viva voz. Como decís con mucha justicia, el relato escrito está muerto, el hablado está vivo.

Concluiré haciéndoos una historia rápida de las Catacumbas.

No se sabría determinar precisamente á qué época se remonta el origen de las Catacumbas, ó dicho de otro modo, de las canteras que han recibido en el siglo XVIII el nombre de Catacumbas.

Se encuentran los primeros vestigios de extracciones de piedra en la falda de la montaña de Santa Genoveva, á orillas del antiguo lecho del Bievre, en el emplazamiento de la abadía de San Víctor, del Jardín de las Plantas y del arrabal de San Marcelo.

Hasta el siglo XII, los palacios, los templos, y los demás monumentos públicos de París se construyeron con piedras sacadas de las canteras de este arrabal, y de las que se abrieron en seguida al Mediodía de las murallas de París hacia las plazas de San Miguel, del Odeón, del Panteón, de Chartreux, de las barreras del Infierno y de Santiago.

En 1774 muchos hundimientos y graves accidentes llamaron la atención del gobierno, é hicieron conocer la extensión y la inminencia de un peligro desconocido hasta allí.

La ribera izquierda estaba simplemente amenazada de ser engullida un día ú otro á un centenar de metros en aquellos subterráneos.

Por lo demás, la leyenda casi histórica, que he oído referir en otro tiempo en el cuartel de Santiago, os dará la idea de estos accidentes.

El día mismo en que el consejo de Estado, habiendo tenido conocimiento de la alarma general, acababa de hacerse dar cuenta del estado de las canteras por Mrs. Soufflot y Brebion, miembros de la academia de Arquitectura, y había creado la administración general de las canteras, de las que había sido nombrado inspector general Mr. Carlos Axel Guillaumot; este mismo día fué señalada su instalación por un acontecimiento que lanzó la consternación en París.

Era el mes de Mayo del año de 1777. Un hombre de cierta edad, y una mujer de cierta edad respiraban á su ventana de la calle del Infierno, casi donde vive nuestro amigo Mr. Bertrand (hagamos votos porque nada semejante le suceda). Un grupo respiraba, pues, á su ventana las primeras delicias de la primavera.

El marido dijo:

— Hermosa mañana.

La mujer respondió:

— No tan hermosa como todo eso.

El marido replica:

— Nunca eres de mi opinión.

— Es verdad, dijo la mujer, y no será al cabo de veintiocho años de matrimonio cuando yo opine como tú en nada.

— ¿Hace, pues, veintiocho años que estamos casados?

— Veintiocho años justos, ¿te parece poco?

El marido encogió los hombros, bajó los ojos hacia el suelo, pareciendo así tomarle por testigo de los infortu-

nios de que él había sido testigo en los veintiocho años de matrimonio.

La mujer repuso:

— Confiesa que serías muy feliz si te vieses desembarazado de mí.

— Es verdad, dijo francamente el marido.

— Que darías muchas libras por verme á cien pies bajo tierra, continuó agriamente la mujer.

— Es decir, respondió el hombre casado, que daría mi fortuna entera, mi vida misma, porque la tierra te tragase á tres veces tantos pies como años hemos vivido juntos.

En el momento en que decía estas palabras, el ángel del matrimonio se cernió por encima de aquellos dos esposos; desplegó sus alas de un negro leonado, y describiendo por encima de sus cabezas círculos gigantescos, rozó con las alas la casa, que se hundió estrepitosamente á veintiocho metros de profundidad por debajo del suelo del patio, es decir, á tres veces tantos pies como años había durado su matrimonio.

Y así, fueron á desatarse con la muerte aquellas dos almas, indisolublemente ligadas en la vida.

Este drama íntimo, aunque acaecido á personas poco notables, despertó más, aunque tarde, la atención del gobierno, y se comenzó un trabajo de reparación según un sistema, que casi es el que aun se sigue hoy.

La idea de hacer una necrópolis de aquellas canteras se debe á Mr. Lenoir, teniente general de policía.

Él fué quien provocó la medida, pidiendo la supresión de la iglesia de los Inocentes, y la exhumación de su cementerio, cuyos cadáveres enviaban miasmas mortales á los habitantes de aquel barrio.

Compréndese, en efecto, que este cementerio, que con-

tenía los despojos de millones de individuos, cementerio que Felipe Augusto había pensado ya en rodear de murallas, debiese desprender olores fétidos.

En 1780, es decir, después de doscientos ó trescientos años de reclamaciones (porque ya en 1554 médicos de la facultad habían reclamado la supresión), en 1780 se pensó en atender á esta reclamación secular, considerando *que excediendo el número de los cuerpos á toda medida, y no pudiendo calcularse, había levantado el suelo más de ocho pies por encima de las calles y de las habitaciones.*

La cantidad de cuerpos depositados anualmente era tan espantosa, que el último sepulturero, Francisco Poutrain, había depositado por sí solo más de noventa mil.

Enternecieron durante cinco años aún las desgracias que ocasionaba aquella podredumbre, y el 9 de Noviembre de 1785, el consejo de Estado pronunció la supresión del cementerio de los Inocentes.

Las antiguas canteras situadas bajo la llanura de Montsouris en el lugar de la Tombe-Issoire, ó Isouard, así llamada del nombre de un famoso ladrón que reinaba en los alrededores, parecieron, por su proximidad á la ciudad, su extensión, silencio misterioso, un lugar propio para el establecimiento de un cementerio subterráneo.

Esta operación tuvo lugar en tres épocas distintas: desde el mes de Diciembre de 1785 al mes de Mayo de 1786, del mes de Diciembre de 1786 al mes de Febrero de 1787, del mes de Agosto de 1787 al de Enero de 1788.

Á una medida de salubridad se debe, pues, el establecimiento de esta maravillosa ciudad subterránea, que se llama las Catacumbas, elevada á la memoria de los antepasados.

Memoriae majorum.

Al salir de allí, mi compañera y yo bendecíamos al sol, como los indios.

Yo miraba el rostro de aquella hermosa joven, y me parecía imposible que no se descubriese emoción alguna al salir de aquel interior de las tumbas.

Nada, absolutamente nada; la frente tenía todo su esplendor, la mirada toda su serenidad, sólo la boca expresaba algo.

Cierto pliegue, que no tenía habitualmente, una contracción del labio inferior, descubría claramente este pensamiento.

— ¡ Puf ! qué feísimo es lo que hemos visto ahí, no comprendo cómo los enamorados hayan elegido semejante altar para su sacrificio.

Tal es la relación de Paul Bocage, relación fiel: pondría mi mano en el fuego, teniendo Paul Bocage ojos para ver y oídos para oír.

CAPÍTULO XI.

DONDE MR. JACKAL COMIENZA Á COMPRENDER QUE ES ÉL QUIEN SE EQUIVOCA, Y QUE EL EMPERADOR NO HA MUERTO.

El aspecto de esos lugares, de los que estamos seguros que acabamos de hacer una descripción exacta á nuestros lectores, no había dejado de hacer experimentar á Mr. Jackal cierta sensación nerviosa, que no había podido dominar.